



Claves éticas para el feminismo en el umbral del milenio

Marcela Lagarde y de los Ríos*

Cualquiera que se zambulla en la historia de los feminismos, verá con claridad que el feminismo no puede ser pensado sólo como un movimiento concreto o como el movimiento feminista. Han habido centenas de movimientos feministas y habrá muchos más. El feminismo tampoco puede ser identificado sólo con movilizaciones públicas, protestas y demandas, con mujeres con el puño en alto, con la quema de brassieres, o con mujeres vestidas de negro como duelo y límite ante el genocidio; el feminismo sucede también en soledad. No sólo está en las luchas públicas, sino también en las nuevas formas de convivencia y cotidianidad. Transcurre en torno a fogones y mesas de cocina, en los mercados, los hospitales y las iglesias. Está en las aulas, las salas de conciertos y los proyectos productivos.

* Etnóloga y Doctora en Antropología. Profesora de los posgrados en Antropología y en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinadora de los Talleres Casandra de Antropología Feminista.

Creencias y prejuicios de modernidad

La complejidad de experiencias en el ámbito del feminismo sella el umbral del milenio. Mientras cada vez más mujeres sólo pueden vivir su existencia, incidir en el mundo, imaginar el futuro y crear su trascendencia desde el feminismo, otras se perciben más modernas y avanzadas porque no necesitan ser feministas. Estas últimas refuerzan su valía al colocar a las feministas en el error. Posicionadas desde una gama de identidades de género que van de la androginia y el unisex, hasta feminidades conservadoras actualizadas; las consideran pasadas de moda. Desde ópticas inquisidoras consideran que a pesar de tanto feminismo, nada ha cambiado. La evidencia es la azarosa vida de quienes sí son feministas y de quienes no lo son. ¿Para qué complicarse la vida?

Es común la creencia sobre el feminismo como un tiempo o una experiencia localizados, efímeros y puntuales. Algunas mujeres ven el feminismo como cosa del pasado lejanísimo de los setentas, lo asocian a otras generaciones, con sus maestras, sus madres o connotadas mujeres que miran ancladas en otra época. Su individualidad se afirma al marcar la diferencia generacional frente al feminismo y las feministas. En su imaginario, el feminismo es un asunto de viejas y no de jóvenes, y casi es una marca de la tercera edad. Piensan que en breve se convertirá en arcaísmo del milenio pasado.

Hay quienes circunscriben todo el feminismo —los feminismos y sus dimensiones—, al *movimiento femi-*

nista, como si se tratase de un sólo movimiento social o político, una lucha o alguna conmemoración. Incluso reducen el feminismo a las feministas que han encontrado en su camino.

Algunas mujeres modernas viven sin conciencia de que sus oportunidades, su posibilidad de decidir y sus condiciones de vida devienen de luchas seculares que han abierto profundas fisuras en la modernidad patriarcal. No saben que ahí están las huellas de mujeres indignadas o dañadas por la opresión, conmocionadas por sus condiciones de vida o convencidas de que sus oportunidades y derechos deberían ser universales y se tornaron entusiastas inventoras de una existencia distinta.

Hay quienes, aun al participar a favor de los derechos de *la mujer*, al esforzarse por incorporar la perspectiva de género en políticas públicas, o de regreso de conferencias mundiales, no asocian que sus quehaceres están vinculados con el feminismo, han sido engendrados en su terrenalidad y no pueden ser explicados fuera de esa cultura paradigmática. Al participar en espacios simbólicos abiertos desde la causa de las mujeres, lo hacen desidentificadas de la filosofía política que sustenta sus acciones, sin raigambre histórica ni tradiciones y sin una visión concordante con sus propósitos.

Sin modificar mitos, ideologías y valores patriarcales asumidos como valores propios, creencias y formas de ser, asumen jirones de feminismo y los integran en visiones mesiánicas o caritativas. Las oprimidas son *las otras*. Se ocupan de ellas mismas a través de proyecciones múltiples: las imágenes femeninas que reciben sus intuiciones, necesidades y aspiraciones están distantes. Defender el orden y hacer contracul-

tura, es posible a condición de mantenerse inmunes.

Algunas más piensan que *la perspectiva de género*¹ es posterior y además diferente del feminismo, incluso los antagonizan y creen que *la perspectiva de género* supera al feminismo. Identifican al feminismo con un radicalismo que deja fuera a los hombres y atenta contra ellos. Ven en *la perspectiva de género* algo menos excluyente e injusto porque incluye a los hombres. Esa creencia les permite visitar complementariedades y otras fantasías y mantener firme su lealtad a los hombres y su incontaminación del feminismo. Con todo, asumen reivindicaciones de género y luchan por ellas.

Hay quienes no reconocen al feminismo en hechos políticos de gran importancia, como son las luchas por eliminar la violencia contra las mujeres, los procesos jurídicos por la equidad civil y política entre mujeres y hombres, o la concreción de los derechos sexuales y reproductivos. A la par, cada vez más mujeres son concientes y ven la impronta feminista en conferencias como las de Belem do Pará, Viena y el Cairo o Beijing.² Hitos cuya marca de agua consiste en que por primera vez en la historia los asuntos, las necesidades y aspiraciones de las mujeres y los problemas del mundo contemporáneo vistos desde las mujeres, son prioridades en canales de la globalización y la modernidad. Han sido encuentros mundiales de reunión de miles de mujeres. Su diversidad *in situ* es representativa de la diversidad que pretende eliminar la globalización homogeneizadora. Gobiernos, iglesias y organismos internacionales han debido negociar con mujeres de

todos los confines, colores y sabores.

Beijing, es sólo la punta del *iceberg* de lo que ocurre en cada macro región y país, en comunidades y barrios. En la vida de cada mujer. Millones de mujeres *tejen el manto feminista sobre la tierra*. Coinciden y desarrollan raíces de género para todas. Dialogan, disienten, aprenden y desaprenden, acuerdan y se *enredan*. Por primera vez son interlocutoras universales de género, pactantes autoconstituidas y sustentadoras de acciones para aterrizar anhelos, deseos y urgencias.

Los objetivos feministas en los hitos emblemáticos del umbral del milenio han consistido en eliminar los cautiverios,³ desalambrar las vidas femeninas a través de procesos de desarrollo y democracia, y hacer avanzar los derechos específicos de las mujeres; también en convertir los acuerdos en normas de convivencia civil, de estado y supraestatal. Y, desde una ética de la justicia, redistribuir recursos —en parte expropiados a las mujeres— y crear oportunidades de desarrollo. La clave política de género ha sido potenciar los poderes y las incidencias de unas en espacios de reverberación, compromiso y responsabilidad, en beneficio de todas.

El objetivo patriarcal sigue siendo preservar el orden en cada mujer y en el mundo al ponderar jerárquicamente a *los otros* sobre las mujeres. Todo es más importante que cada una y que todas: la moral, la estabilidad, la familia, la preservación de la vida. Su estrategia es impedir el avance de la más pequeña iniciativa de las mujeres. Escatimar recursos, disminuir espacios y eliminar derechos. Descolocar a las mujeres pactantes y apelar a ellas

desde sus otras marcas de identidad legitimadas, rancias y arraigadas en los paisajes, las maneras de vivir y sentir, enfermar y morir, trascender o permanecer en la inmanencia natural.

Jerarcas poderosos buscan crear desencuentros entre las mujeres oponiendo esas pertenencias y raíces a su exótica identidad de género.

La voz de la sangre y la cultura, de la nación, la fe o la racionalidad económica neoliberal, son contrapuestas a la identidad política de género en construcción. En esa tesitura, las mujeres minorizadas, pero con voz y alternativas, han sido el campo de batalla por la vigencia del patriarcado a costa de su humanización.

Orfandad y genealogía

Cada día surgen nuevas feministas sin historia. Creen ser las primeras verdaderamente feministas. Distintas de las sufragistas, de las mujeres que en los sesentas hicieron el día a día de la liberación sexual, o de quienes al enunciar la palabra ciudadana, probaron los límites de la democracia patriarcal en la guillotina.

Mujeres del umbral del milenio no saben que otras las reivindican y eso agrava la *orfandad genérica*⁴: el desamparo, la falta de raigambre femenina autorizada, el miedo ante la vulnerabilidad frente a las violencias, la sensación subversiva a la menor identificación política de

género, la experiencia de extranjería en la propia tierra, la casa, el cuerpo.

¿De quién es la tierra que habitamos, la casa en que vivimos y el cuerpo en que somos?

Desconocer los afanes lúcidos, los aportes, las interpretaciones y las acciones de las mujeres contemporáneas no es una elección. Los hechos transgresores de género y la existencia simple y llana de las mujeres, su vida cotidiana, sus esfuerzos vitales o los obstáculos y desigualdades que enfrentan, se ocultan y desvirtúan, son minimizados. Desaparecen en un mundo sobreinformado de actos heroicos y mundanos de los hombres en pos de sus intereses —llamados intereses de la humanidad— y saturado también con la depredación masculina del tejido social, del medio ambiente, del capital cultural. Ellos ocupan espacios radiales, televisivos, periodísticos, literarios y académicos, hasta el cine y los videojuegos. Los hombres son noticia y sus hechos son trascendentes; materia de investigación o de reflexión filosófica y política para todos. Las mujeres deben ser espectadoras y corifeas.

La navegación internetica incluye 30% de mujeres. Sin embargo, los mensajes, los códigos y los sitios discursivos son en su mayoría androcéntricos. La experiencia internetica feminista se cuele por espacios no acotables. Millones de mujeres del siglo XX han pasado por las aulas, arribado a la era de Gutenberg, la tecnología y las profesiones y, en su inmensa mayoría, no aprendieron teorías, acciones, ni hechos históricos vividos por mujeres. Ni una idea reivindicativa de género fue estudiada en sus libros de texto ni anotada en sus cuadernos. La tarea de las niñas y adolescentes, y los ensayos de las jóvenes, no han incluido algo concerniente a su género. Los exámenes y las evaluaciones no muestran qué saben acerca de su historia y de sus ancestros, ni de su propia existencia y ubicación en el mundo, de las precauciones mínimas para evitar experiencias dañinas o de sus derechos como mujeres. Han ido a la escuela, espacio emancipador e iluminador, a reafirmar desde el saber y la razón científicas que las mujeres no existen y, que si existen, no importan.

Algunas contemporáneas reaccionan con extrañeza al ser invitadas a abreviar en la escritura de Simone de Beauvoir y a mirar su experiencia como cercanísima congénere. La conmemoración del cincuentenario de *El segundo sexo* no ha sido —como quisimos—, fecha onomástica de género —como estoy segura de que será la de su centenario. Paradójicamente, algunas que han

sobreleído la obra consideran indispensable romper con Simone de Beauvoir. La analogía con la muerte del padre se queda corta. Ignoran el daño *feminicida*⁵. La historia y la memoria, las conciencias y las identidades feministas se construyen como bagaje en procesos que eslabonan y suman dialécticamente. Así, cada sitio de reconocimiento crea y multiplica espacios de la memoria para ser ocupados por ancestros redescubiertos y futuras milenarias.

Diferencia, desigualdad y supremacía

Algunas intelectuales se consideran posfeministas desde una vertiente posmoderna en que la igualdad ya está establecida y no precisa recelos y resentimientos infundados de género. O, desde una *diferencia sexual primigenia*⁶, la igualdad no aparece en el horizonte —como si la diferencia no pudiese afirmarse en la igualdad o fuese su opuesta. Para algunas, los hombres, las instituciones y el estado están fuera de su mira; los cambios políticos de género son mascaradas o conducen a hacer el juego al sistema; las mujeres más afines se ubican en el siglo XIII, a miles de kilómetros culturales de distancia o varios escalones de clase más abajo; y las contemporáneas más semejantes o quienes buscan la ciudadanización de las mujeres y la civilidad, son el rostro del equívoco. Lo feminista se demuestra al señalar que *las otras*, no lo son. Y, en el límite, en volverse autónomas de las demás mujeres, de sus espacios y sus causas.

La diferencia y la desigualdad son enunciadas de manera confusa. En un giro de 360 grados en la historia del pensamiento crítico feminista, con renovado esencialismo, se resignifican las diferencias sexuales como naturales y positivas. Las loas al género sustentan un *supremacismo femenino* de nuevo cuño, amalgamado con la exaltación de magias, conjuros y religiosidades sincréticas *new age* (reencarnaciones, transegridad, karmas, regresiones uterinas y a vidas pasadas, coexistencia con diosas y brujas que son a la vez Gaia y la conexión cósmica). La trama resulta de elecciones binarias en que lo femenino es mágico y religador, frente a lo masculino asociado con lo racional y político en su negatividad.

Distanciadas de la lógica de la igualdad, algunas feministas abjuraron de esa equívoca tradición. Fascinadas por lo femenino, aunque sea desde una estética sexual de la virilidad, restablecen una jerarquía de género en que lo femenino es *per se* superior, ético y trascendente, aunque no lo sea para el mundo. Hay quienes antes del año 2000, con precocidad o a modo de anunciación, ya saborean el fin del patriarcado.⁷

La complejidad de posturas y creencias expuestas no agota el panorama, pero da color a las experiencias de cada quien y va sedimentando un imaginario personal y social en torno al feminismo y a las feministas. Se dificulta crear la legitimidad del feminismo porque las feministas ignoramos, nos desentendemos, nos anticipamos a enterrar a otras feministas y sus aportes, al ignorarlos o excluirlos. A veces, atrapadas por el orden, al ocupar posiciones, al disentir o sobresalir en las fisuras del orden patriarcal, se producen enfrentamientos excluyentes entre compañeras, colaboradoras, militantes y amigas, debido a la competencia por pequeñísimos recursos y oportunidades. Restos misóginos⁸ en nuestra subjetividad emergen como manchas en un paño.

Identidad feminista escindida

Las feministas contemporáneas pasamos por procesos complejos de sincretismo y escisión, reparación y recreación. El *sincretismo de género*⁹ de todas las mujeres contemporáneas, sintetiza contradicciones que provienen de la configuración premoderna y moderna de la condición de género de cada una. El grado de conflicto que suscita se concreta en la *escisión de género*: herida identitaria resultante del choque entre la *ética de la entrega* derivada del *ser-para-otros*¹⁰; y la *ética de la mismidad* concordante con el *ser-para-sí*¹¹ y con la libertad. Quienes han desarrollado una conciencia feminista viven conflictos existenciales y disyuntivos de relación entre las necesidades y los intereses de los otros y los propios. La contradicción ética se complejiza acorde con el sincretismo feminista de cada una. Es decir, con la síntesis de los diversos feminismos amalgamados en la experiencia vital.

La contradictoria y polivalente experiencia feminista a lo largo de la biografía de cada una y en la historia, pasa por las marcas que dejan en nosotras las olas y los movimientos, la internalización y la práctica ética en la cotidianidad.

El conflicto que alcanza su cima cuando se experimenta la *identidad feminista escindida* entre deberes éticos e impotencias vitales, y entre discurso y práctica, repercute en nosotras como dolorosa descolocación. Ciertas incoherencias reprochadas a mujeres feministas son parte de los ajustes entre pensar y hacer, querer y poder, desear y concretar. Para nosotras son inherentes a procesos complejos. La huella profunda, la *escisión*, es superable: va desapareciendo si al vivir nos adentramos en la cultura feminista y se diluye al ser cada vez más feministas. No en el sentido de un *feministómetro* —por cierto patriarcal y deplorable—, sino el ser más feministas como una metamorfosis de compenetración filosófica que nos hace *sintonizar* de manera positiva y grata al ser *disidentes* del oprobio y *concordantes* en la creación de horizontes, poderíos vitales y libertades.

La complejidad subjetiva ante el feminismo no sucede en la asepsia. Proviene también del antifeminismo beligerante. Nunca antes la historia del antifeminismo¹² había enfrentado la conjunción de acciones poderosas de fuerzas económicas, políticas y religiosas: ideologías conservadoras, antidemocráticas y misóginas, descalifican, ridiculizan y deslegitiman al feminismo y a las mujeres; organismos, instituciones y personas —mujeres y hombres, pero mayormente hombres—, nos hostilizan de manera permanente y sofisticada desde posiciones de verdad —poder—, a través de acciones y mensajes hegemónicos, visibles o implícitos. Todos ellos promueven la enajenación femenina en torno al feminismo a través de la ignorancia impuesta contra las mujeres y se resienten de nuestros avances por pequeños que parezcan.

El antifeminismo es la misoginia convertida en ideología política. Daña con el descrédito y con la tesis política de que lo nombrado o protagonizado desde el feminismo está superado; hace mella o refuerza ideas y actitudes de distanciamiento que experimentan en ocasiones las feministas en sus conciencias y en sus vidas.

El feminismo es una cultura

Cualquiera que se zambulla en la historia de los feminismos, verá con claridad que el feminismo no puede ser pensado sólo como un movimiento concreto o como el movimiento feminista.¹³ Han habido centenas de movimientos feministas y habrá muchos

más. El feminismo tampoco puede ser identificado sólo con movilizaciones públicas, protestas y demandas, con mujeres con el puño en alto, con la quema de brassieres, o con mujeres vestidas de negro como duelo y límite ante el genocidio; el feminismo sucede también en soledad. No sólo está en las luchas públicas, sino también en las nuevas formas de convivencia y cotidianidad. Transcurre en torno a fogones y mesas de cocina, en los mercados, los hospitales y las iglesias. Está en las aulas, las salas de conciertos y los proyectos productivos.

El feminismo tampoco se restringe a algunas organizaciones y sus acciones, aun cuando son evidente creación del tejido social o alternativas culturales. Lo conforma la totalidad de organizaciones y procesos que se han reivindicado del feminismo y habrá más. Asociar sólo con algunas destacadas feministas la totalidad de la causa, invisibiliza al resto de millones de feministas. Pensar que sólo han contribuido a sedimentar el horizonte histórico del feminismo las mujeres que asumen una identidad feminista, reduce el hecho histórico a su conciencia. Cantidad de mujeres y hombres, instituciones privadas y públicas, contribuyen aun sin conciencia a la extensión paradigmática del feminismo.

Además de protagonistas y de procesos políticos, el feminismo ha implicado interpretaciones del mundo y de la vida, desarrollos filosóficos, reelaboración de valores y renovación ética, acciones políticas, legislaciones, procesos pedagógicos y de comunicación, reformulaciones lingüísticas y simbólicas, conocimientos científicos e investigación, arte y literatura, transformación directa de creencias religiosas y de formas de vida. Su huella más profunda está en el mejoramiento de las condiciones y la calidad de la vida de millones de personas. El feminismo se halla en el rostro y las leyes de las democracias, y el desarrollo humano sería inimaginable sin su impronta. Porque abarca esa complejidad histórica y mucho más: el feminismo es una cultura.

Diversidad y sintonía

Por eso, desde una dimensión temporal es preciso considerar en cada periodificación un *horizonte cultural feminista*. La periodificación macro-histórica permite apreciar que ya han pasado más de tres siglos de feminismo en Occidente, los que corresponden

con la era de la modernidad. El feminismo ha ido desarrollándose a ritmos distintos en regiones, países y culturas durante ese tiempo. Podemos conceptualizar ese tiempo/espacio como un *horizonte cultural feminista*. Luego están los horizontes culturales feministas regionales, locales, nacionales, y hoy también el horizonte global. Cada proceso, movimiento, grupo o evento tiende a eliminar formas de opresión de género y a crear alternativas de vida. El feminismo se inscribe en dichos horizontes históricos. Y, finalmente, en la biografía de cada mujer se concreta el horizonte cultural feminista, definido por los hitos y momentos en que se entrecruza la propia vida con los micro o macro procesos feministas.

En el umbral del milenio, el horizonte cultural feminista es universal por primera vez en la historia. Y, más allá de las agendas comunes, los temas, las vocaciones y las semejanzas iconográficas y estéticas, cada quien experimenta el feminismo a su manera, desde su especificidad personal, social y cultural; se vale la diversidad.

La mismidad

Cada mujer vive en su propio horizonte cultural feminista cambiante, y su biografía es su experiencia particular. Ante la expropiación del *ser-para-sí* y para lograr la génesis de la libertad y del *yo*, la *mismidad* como experiencia vital es la más radical creación feminista. Sin autonomía subjetiva y concreta es imposible construir la autoidentidad cifrada en el *yo*, condición necesarísima para las *individuas* libres que queremos ser. Sin recursos de vida el *yo* languidece subsumido en *los otros* y se consuma la colonización identitaria y vital de las mujeres.

Por eso, lograr la *centralidad* de cada mujer en su propia vida y la prioridad de sus necesidades en sus afanes, son pautas éticas de *mismidad* del feminismo del umbral del milenio. En esta hora no es posible seguir por donde sea. Es preciso saber cuáles son los fundamentos imprescindibles en las mujeres para eliminar la opresión e ir construyendo la humanidad de cada una y de todas como *seres humanas*.

Tal es el contenido de la micro orfebrería de ajuste individual. O se avanza en la *mismidad*, o cada inacción abre espacios del *yo* a ser habitados por *otros*. La *mismidad* supone transformar los deseos de fusión por los

de vínculo; desechar el regreso al pasado, a la cultura madre o al paraíso, para dar lugar a la preservación del *yo-misma* y del propio mundo, sus espacios y recursos; arraigarnos y pertenecer se conjugan con la fluidez. Se trata de aprender a devenir en un presente ampliado y habitado por cada una y vislumbrar siempre un horizonte posible.

El sentido de *mismidad* lleva a buscar que cada mujer sea conciente de ser prioritaria e imprescindible para sí misma y de que ni *los otros* entrañables ni los renovados simbólicos, el planeta o la causa, pueden desplazarla de su propio centro. Hacer de la *mismidad* una política de género, es uno de los afanes que más esfuerzos ocupan a las mujeres, en todo el mundo.

Solidaridad y convivencia

Creer que la relación con los hombres es eternamente jerarquizada o pretender que hemos arribado al territorio de la igualdad entre mujeres y hombres, son mitos activos en la modernidad. Mirar con claridad el estado de las relaciones de poder entre los géneros no es posible todavía para muchas mujeres y, desde luego, es intangible para muchos más hombres.

La afirmación masculina y el sentido del yo y de propiedad y pertenencia para la mayoría de los contemporáneos, siguen basados en la sujeción de las mujeres y en la equivalencia sólo entre los hombres, aun entre los más oprimidos y enajenados. Cada hombre se reconoce en el simbólico patriarcal hoy global y en los hombres concretos indispensables interlocutores, deudores, consumidores, votantes, opositores, aliados, enemigos, dirigentes y líderes, herederos, propietarios, familiares, compañeros de causa. Desde esa identificación los hombres se representan o se excluyen.

En contraste, la mayoría de los hombres no reconoce a las mujeres como un sujeto colectivo al que contribuye a someter, ni a las mujeres más allá de estereotipos tradicionales actualizados. Aún hombres de avanzada se defienden hasta de los mínimos derechos de las mujeres, escatiman recursos y se oponen a políticas públicas de género. Y, una cantidad no censada de ellos revive formas de opresión de género que deberían estar en los museos.

Para mujeres en cautiverio, los hombres siguen siendo el referente de lo humano, lo social, lo político, lo económico y sus poderes parecieran intocables. Aún entre mujeres empoderadas, personal y socialmente esforzadas, constructoras de nuevas relaciones, los hombres ocupan el centro de sus vidas y del mundo y es con ellos con quienes hay que negociar los mínimos para las mujeres.

Por ello, es preciso que avancemos en el desmontaje de esta supremacía política masculina, tanto a nivel simbólico como práctico. Requerimos construir la igualdad a cada paso y en cada ámbito y no suponerla idealmente como un punto de partida.

El feminismo contemporáneo ha acuñado la *equidad* como el camino de la igualdad entre los géneros. Nuestras claves son muy sencillas: la primera, eliminar la real brecha de desigualdad entre mujeres y hombres a través de una cadena de procesos.

Frente a la posición entre supremacía/inferioridad: la *horizontalidad* para ir creando pisos sustantivos no jerarquizados de coincidencia incluyente para mujeres y hombres.

Frente a la preponderancia masculina y la minorización de las mujeres: la *paridad política y numérica* sin techo de cristal ni escalón jerárquico.

Frente a la expropiación de cuerpos, sexualidades, creaciones y riquezas: los *derechos* sobre la propia persona como la *desconcentración* y la *distribución con equidad* de la riqueza económica y cultural.

Frente a la expropiación y la marginación: la *accesibilidad* a recursos vitales, a espacios y, desde luego, a oportunidades de desarrollo.

Frente a la estructura política que basa la supremacía en la relación centralidad/periferia: la *descentración*, la eliminación de un centro privilegiado de poder que se expresa como centralidad supremacista —etnocentrismo, androcentrismo, patriarcalismo—, la alternativa es el *multicentrismo comunitario dinámico*.

Cada pueblo, cada comunidad, tiene derecho a tener derechos y no sólo estancias compulsivas en la historia; cada mujer y cada hombre tienen derecho a coincidir en paridad, con equidad e igualdad.

Los mecanismos para avanzar en la construcción de estas opciones consisten en *desempoderar* al género masculino, a los hombres y a las instituciones excluyentes y eliminar los poderes de dominio. A cam-

bio, *resignificar* a los hombres y a las instituciones con derechos y responsabilidades de convivencia y desarrollo colectivos.

En consecuencia, los territorios acotados a la usanza de siglos anteriores deben abrir sus puertas y compartir la vecindad del agua, la tierra y las letras; la poesía y los recursos; el trabajo y los derechos. La democracia que queremos desde la cultura feminista no podrá sobrevivir si las libertades en reciprocidad no se convierten en sus cimientos. Se trata de la libertad individual cobijada en espacios transcomunitarios con la eliminación de cotos, guetos y fronteras erigidas contra las personas. Es la libertad de acceder al capital cultural y al patrimonio histórico donde quiera que se le necesite y más si es con urgencia.

Nuestra prioridad democrática está en satisfacer las necesidades vitales, reparar los daños y eliminar violencias y privaciones.

Las mujeres y los otros sujetos emergentes requerimos de una gran capacidad para develar lo que ocurre e inducir el rechazo ante las atrocidades, el desaliento y la reprobación real a la violencia y a la expropiación devastadora que produce hambre de pan, de selvas, de derechos, de derechos humanos y de un lugar en el mundo.

Es urgente una conciencia reparadora de daños y privaciones. No basta cantar la libertad, es preciso deconstruir —en las mentalidades—, libertades ideales y construir —en la vida cotidiana y en las instituciones—, las libertades al enfrentar las brechas, dominios y carencias que conculcan libertades tangibles.

La memoria y la conciencia son indispensables y la autoconciencia reubicadora en un mundo hostil sobre el que no tenemos la influencia que necesitamos. Cuando asume su *mismidad*, cada mujer genera la base de la verdadera diversidad al poner límites a los otros y existir en primera persona *para-sí* y en el mundo. Si cada pueblo oprimido asume su historia y la coloca en el universo histórico, establece la pauta para asumirse con los demás, solo como los otros pueblos. Si los sin tierra y los sin techo, los deudores de todas las deudas que no les benefician, los desheredados, desposeídos aun de presente, se niegan a ser posicionados y designados así, deberán inventar otros nombres para existir en el mundo; se me ocurren algunos: *deslindadores* y *cobijados*. Y, si quienes han decidido que la pobreza no es ontológica, ni castigo divino, serán *abridores* de los candados económicos y de cualquier sectarismo

excluyente. Pero si además se dan cuenta de que sus grupos no son sólo de hombres, sino que hay mujeres sin tierra y sin techo, mujeres pobres y también desheredadas, si los humanistas reconocen la profundización del feminismo, los demócratas miran a las mujeres demócratas, los ecologistas reconocen a las ecologistas, los filósofos a las filósofas, y los ciudadanos se percatan de la proliferación de ciudadanas insumisas, estaremos en condiciones de iniciar la más radical de las diversidades: la humanidad irreductible y diversa en primer término entre mujeres y hombres, diversos y semejantes.

Los nuevos sujetos emergen a veces fantasmagóricos como los sin tierra, y festivamente, como las mujeres en cuanto foro, congreso o cumbre mundial. Sin embargo, las mujeres, los pueblos oprimidos, los excluidos por enfermedades, los sin trabajo y sin pan, son minorías políticas fragmentadas e insulares. Sus esfuerzos son extremos pero insuficientes. Para tener mayores logros es preciso un esfuerzo subjetivo y político que definirá este siglo; es el esfuerzo de *conexión*. Enlazar a los inconexos a través de puentes de afinidad en la condición política y en las visiones de transformación y de futuro. Tejer redes y tramas que produzcan la diversidad que queremos basada en la implicación de unos y otras en la convergencia de sus causas. Asociarnos y enredarnos es el camino para enfrentar particularismos excluyentes y reivindicativos que contienen gérmenes supremacistas.

La diversidad que queremos desde el feminismo implica los soportes de la *mismidad* y las especificidades, la ciudadanía real¹⁴ de todos los anhelantes construida por voluntad de respeto mutuo, y la capacidad de universalidad. Ser universales es la base de una diversidad de nuevo cuño, sólo posible si compartimos un paradigma que no es la suma de causas y sujetos aislados y ajenos, sino por la asunción colectiva de valores de convivencia con recursos disponibles y circulantes, de un compromiso mutuo de reconocimiento incluyente y la consolidación de libertades de acción en la vida y en el mundo. Se trata de hacer del siglo XXI el tiempo civilizatorio propicio, por fin, a la democracia vital¹⁵ y el desarrollo humano entre mujeres y hombres, como los únicos referentes reales en el mundo.

Diversidad y sororidad

La diversidad, respetada y alentada, es resultado de una intencionalidad ética y política que crea entre las mujeres la experiencia de *sintonía cultural feminista* en momentos de identificación, auge y consecución de logros. El feminismo ha avanzado en el siglo XX, se extiende, es visible, se legitima. Se dan pasos entre feministas en los movimientos, las esferas y los campos de acción más diversos. Las conexiones feministas se producen ya como un tejido reticular permanente y maleable que potencia el encuentro en la diversidad.

La *enredadera* feminista es la marca del feminismo del umbral del milenio. Es un encuentro *sórico*, basado en el respeto al género, a las otras mujeres, a la causa, la

tradicción y la real participación. Implica un orgullo de género producto de la revaloración humana de las mujeres y del feminismo. Es un encuentro entre mujeres investidas de derechos que dialogan, suman, sustentan y, sobre todo, disienten sin exclusión ni exclusividad, porque saben que construyen juntas y, al hacerlo, convergen.

La *sororidad*¹⁶ es la dimensión feminista prioritaria para consolidar la herencia de la que somos portadoras y nuestra construcción vital. El pacto *sororario* es el más terrenal de los pactos y es el fundamento ético de las prácticas políticas entre mujeres para *deconstruir* la enemistad patriarcal, el racismo, el adultismo y todas las formas de supremacía, desigualdad y dominación entre las mujeres, con acciones prácticas de cooperación, alianza y sustentabilidad entre nosotras.

La *sororidad* es el *humus* del paradigma feminista entre las mujeres, cuando desmonta desigualdades e injusticias y redistribuye el poderío individual o colectivo para avanzar de manera acompasada. Sólo se produce entre mujeres sabias y osadas. Sólo a partir de experiencias de este signo se desidealiza lo femenino y a las mujeres, y por eso fluyen la aproximación, el asombro, la calidez, el amor feminista *affidado*¹⁷, o cuando somos capaces de hacer política asociadas. No se trata de la aceptación total ni del acuerdo automático.

La *sororidad* implica un principio ético de aceptación identitaria fundante que requiere del acuerdo y del disenso. Las feministas arribamos a esa capacidad pactante después de lastimaduras, exclusiones y rivalidades, de enemistades que nos han producido grandes daños. Pero la conciencia *sórica* proviene también de los avances reales logrados en conjunción y sabemos que el mutuo respeto a la ciudadanía entre las mujeres, es la base de relaciones democráticas de género.

Por eso la *sororidad* ha sido un descubrimiento y una innovación ética y política para sobrevivir y construir la igualdad entre nosotras. Al vivirla, realizamos la humanización de todas que exigimos al mundo. Es, en acto, marca relacional y norma, forma ejemplar de trato y compromiso entre mujeres transgresoras del dominio. Como experiencia compleja, la *sororidad* transforma la condición de género y el horizonte personal y colectivo al hacer frente a la enajenación intragenérica. La *sororidad* es política en tanto pacto de *alianza* que deconstruye la *misoginia* y construye la igualdad entre las mujeres. Con la *mismidad*, conforma la mayor transgresión del patriarcado. Es la *sororidad* la real capacidad de



“La visita”

incidencia, negociación y avance colectivo de las mujeres.

El saber/hacer *sororal*, la *mismidad*, nuestra memoria e identidad feministas, la solidaridad como principio de convivencia entre mujeres y hombres, son *claves éticas* imprescindibles para avanzar al tercer milenio si en verdad nos urgen pan y rosas para las mujeres, y paz para quienes viven en guerra.

Si queremos lograr la transfiguración histórica de nuestros cuerpos y nuestras vidas en *intocables* frente a los riesgos de la violencia de género, si nos orientamos por un planeta vivible y por aterrizar los derechos de las humanas —que cada mujer posea un territorio, una casa, un cuerpo y una vida propios; cada niña tenga un libro feminista que leer, enseres de escritura y una caricia acogedora; cada joven y cada adulta sus papanicolaus a tiempo y el derecho a decidir, recursos, dinero, trabajo y espacios; y cada vieja todo eso en su larga vida y una dentadura, alimentos, sosiego y quien la cuide—, si queremos extender las innovadoras relaciones entre mujeres y hombres no ajenos, sino copartícipes vitales, es imprescindible la democracia genérica como la nueva política de género emancipatoria.

Si queremos un milenio feminista, es imprescindible urdir sus días desde nuestra eticidad.

El viraje

El feminismo empieza en mi cuerpo, en mi subjetividad, en mi casa; continúa en el mercado, las instituciones, los movimientos sociales, las comunidades; impacta la democracia, el desarrollo y la cultura. Su prioridad es ser experiencia vital y lograr el beneficio personal y compartido.

Queremos alentar procesos de *aculturación feminista*¹⁸ entre nosotras, ciudadanas mutuamente autorizadas por estar investidas de los derechos de las humanas indispensables para la buena vida y la paz. Necesitamos aprender, estudiar y analizar críticamente nuestro bagaje desde el propio mundo, e integrar con creatividad los valores, la lógica, los conocimientos y las alternativas feministas en nuestras cosmovisiones y cotidianidades. Es nodal impactar positivamente el entorno en un vaivén dialéctico entre yo y mi mundo, yo y los otros, nosotras.

Nuestra asertividad será mayor, integral, si hacemos comprensiva y próxima la historia feminista como his-

toria política de las mujeres y la historia toda desde esa posición simbólica. La autobiografía, la historia en primera persona, la genealogía personal de género, la historia de la ciudadanía de las mujeres, una socioetnografía de género del mundo contemporáneo son cimientos para asumir el poderío que nos da pertenecer a genealogías femeninas y feministas y ser parte de redes y conexiones locales y mundiales de mujeres diferentes en la era de la globalización.

Deseamos fertilizar el nuevo milenio con nuestra cultura feminista como la más grande contribución colectiva de las mujeres creadoras de mundo. Vivir esta conmoción intransferible desde la propia biografía y circunstancia y re-conocer-nos en ancestras personales y emblemáticas; habitar con ellas nuestro árbol genealógico. Instalar esta ética y esta política en la historia es el camino para dar el viraje del milenio y que el feminismo deje de ser contracultura, disidencia y minoría, y sea parte de la cultura/ambiente, de los usos y las costumbres de las mujeres y de los hombres, de la política democrática y del aire que respiramos. Es preciso hacerlo, para que sea inalienable la humanidad en las vidas de las mujeres mismas y en el mundo.

Notas

¹ “La perspectiva de género hace referencia a la concepción académica, ilustrada y científica que sintetiza la teoría, la filosofía y la política liberadoras, creadas por las mujeres en la cultura feminista. La perspectiva de género permite analizar y comprender las características que definen a las mujeres y a los hombres de manera específica, así como sus semejanzas y diferencias. Esta perspectiva de género analiza las posibilidades vitales de las mujeres y los hombres: el sentido de sus vidas, sus expectativas y oportunidades, las complejas y diversas relaciones sociales que se dan entre ambos géneros, así como los conflictos institucionales y cotidianos que deben enfrentar y las maneras en que lo hacen. El análisis de género feminista es detractor del orden patriarcal, contiene de manera específica una crítica a los aspectos nocivos, destructivos, opresivos y enajenantes que se producen por la organización genérica basada en la desigualdad, la injusticia y la jerarquía política de las personas basadas en el género.” Lagarde, Marcela, “Género y feminismo: desarrollo humano y democracia” en *Cuadernos Inacabados* No. 25, Madrid, Horas y HORAS, 1996, pp. 15-16.

² Un resumen sobre la importancia de las conferencias mundiales en la construcción de la ciudadanía y del empoderamiento de las mujeres en la era de la globalización, se encuentra en Lagarde, M., “Género y feminismo...”, pp. 189-237.

³ “Cautiverio es la categoría antropológica que sintetiza el hecho cultural que define el estado de las mujeres en el mundo patriarcal: se concreta políticamente en la relación específica de las mujeres con

los poderes y se caracteriza por la pérdida de la libertad. Las mujeres están cautivas porque han sido privadas de autonomía, de independencia para vivir, del gobierno sobre sí mismas, de la posibilidad de escoger y de la capacidad de decidir.” Lagarde, Marcela, *Los cauterios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Colección Posgrado No. 8, México, DGEP/FFYL/PUEG, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, pp. 151-152.

⁴ La orfandad genérica es una categoría que caracteriza el impacto de “ser mujer sin historia ligada al género, lo que produce un vacío en la subjetividad y es fuente de daños a la autoestima de las mujeres”. Lagarde, Marcela, “Claves feministas para la autoestima de las mujeres”, en *Cuadernos Inacabados* No. 39, Madrid, Horas y HORAS, 2001, pp. 182-184.

⁵ La idea y la categoría de feminicidio se deben a Jill Radford y Diana Russell (*Femicide: the politics of women killing*, New York, Twayne publishers, 1992). El feminicidio remite “al conjunto de agresiones, daños y violencia contra las mujeres que incluso pueden conducir a la muerte”. La invisibilización, la ignorancia, la omisión y las descalificaciones hostiles contra las mujeres y las creaciones de las mujeres, además de ser una muerte simbólica, son parte de su exterminio político y cultural. Por eso, la crítica interna feminista y el debate precisan desmarcarse de esa política misógina y contribuir a demostrarla, al crear entre nosotras formas de reconocimiento discrepante/coincidente que contribuyan a la memoria histórica y a la autoridad entre feministas. De hacerlo, lograremos contribuir a la acumulación de un capital histórico y cultural imprescindible para avanzar individual y colectivamente no sólo las feministas, sino cada mujer y las mujeres como género. Las feministas necesitamos debatir críticamente y hacerlo de manera diferente para que seamos reconocidas por nuestra forma de disentir en el respeto y la valoración que nos otorgamos unas a las otras, sin desmedro de nuestra solidez y nuestra firmeza.

⁶ El debate entre teóricas e ideólogas de las corrientes de la igualdad y de la diferencia, ha permitido develar la necesidad de conjugar propuestas individuales y grupales en la elaboración feminista, y ha enriquecido el feminismo actual. Sin embargo, en ocasiones adquiere la forma de un antagonismo hostil que oscurece aquello que se propone aclarar. Para consultar parte de este debate véanse por ejemplo: Amorós, Celia, *Feminismo: igualdad y diferencia*, México, PUEG, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994. Rivera-Garretas, Ma. Milagros, *El fraude la igualdad*, Madrid, Planeta, 1977. Valcárcel, Amelia, “Del miedo a la igualdad”, en *Crítica*, Barcelona, España, 1993.

⁷ Me refiero al texto clásico de Rosso, Sottosopra, *El final del patriarcado (ha ocurrido y no por casualidad)*, Italia, Librería de Mujeres de Milán, 1996. La idea del final del patriarcado se entiende y extiende con la idea de que en la actualidad “...la oposición tradicional derecha/izquierda está perdiendo sentido en lo que se refiere a la política de las mujeres y, por tanto —a la larga—, a la política, porque cada vez más la política es la política de las mujeres.” (p. 10)

⁸ “Hay misoginia en las relaciones entre las mujeres cuando nos descalificamos y enjuicamos con la vara de medir de la sexualidad o de cualquier deber, como buenas o malas, y cuando calificamos como enfermas, inadecuadas o locas, a quienes no comprendemos... La misoginia está presente entre nosotras al obtener valor de la desvalorización de otras mujeres y al adquirir poderes apoyadas en su discriminación, su sometimiento o su eliminación”. Lagarde, Marcela, “Identidad de género y derechos humanos”, en Guzmán, Laura y Gilda Pacheco (comps.) *Estudios básicos en derechos*

humanos, Tomo IV, San José de Costa Rica, Instituto Interamericano de Derechos Humanos, Comisión de la Unión Europea, 1996, pp. 84-125.

⁹ La categoría antropológica del sincretismo me permite abordar varias dimensiones de las mujeres en el mundo contemporáneo: el sincretismo de género, el impacto de este sincretismo en la vida de cada mujer y en particular en la autoestima, la relación entre las mujeres y la sobremodernidad, así como el particular sincretismo feminista debido a la diversidad de las mujeres y a la diversidad de procesos feministas que constituyen a cada una y a los movimientos y experiencias feministas. Lagarde, M. “Claves feministas...”.

¹⁰ Franca Basaglia define filosóficamente a la mujer bajo dominio patriarcal como ser-para-otros y plantea que la condición opresiva radica en tres ejes fundamentales: la mujer como naturaleza, la mujer cuerpo-para-otros y la mujer madre-sin-madre. Véase su libro *Mujer, locura y sociedad*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1983.

¹¹ “La mismidad es la síntesis filosófica de la autoestima y la autoidentidad, es la experiencia de afirmación de cada mujer en su propia vida, en su cuerpo y su subjetividad, a través de sus poderes vitales y sus libertades. Como experiencia filosófica, la mismidad se define por el ser-para-sí-misma.” Lagarde, M. “Claves feministas...”, pp. 194-195.

¹² Janet Saltzman realiza un análisis documentado, preciso y profundo de la reacción entre cambios sociales, cambios políticos, y avances y retrocesos en las mujeres, y comprueba la magnitud de los esfuerzos y las fuerzas antifeministas y su organización. En ese sentido considera que “...tanto por los éxitos [limitados] de las activistas del movimiento, como por los problemas creados por el ritmo, siempre desigual, del cambio social en los sistemas complejos, la sociedad va disminuyendo su apoyo a la profundización de los cambios del sistema de sexos. El activismo antifeminista organizado... con frecuencia acelera un declive de la presión pública y del entusiasmo de las elites por profundizar el cambio”. Véase *Equidad y género: una teoría integrada de estabilidad y cambio*, Madrid, Cátedra, 1992, 274 p.

¹³ Una visión histórica sobre los hitos políticos de los movimientos que han impulsado el avance de las mujeres en la modernidad occidental, es la de Amelia Valcárcel en su trabajo “La memoria colectiva y los retos del feminismo” en Valcárcel, Renau y Romero, *Los desafíos del feminismo ante el siglo XXI*, Sevilla, España, Instituto Andaluz de la Mujer, 2000, pp. 19-55.

¹⁴ Plantear la ciudadanía de las mujeres conduce a confrontar la igualdad igualitaria y homogeneizadora, y a replantearla en reconocimiento de la diferencia. Para Ana Rubio “La igualdad en la diferencia no sólo permite distinguir el plano normativo del plano de la efectividad, en la igualdad de derechos, también hace lógicamente compatible el reconocimiento de iguales derechos fundamentales y diferentes garantías en atención a las diferencias de identidad. Así como un debate respecto al catálogo de derechos fundamentales para adecuarlo a las exigencias socioculturales y económicas”. Véase “Feminismo y ciudadanía”, en *Estudios* No. 8, Sevilla, España, Instituto Andaluz de la Mujer, 1999, p.69.

¹⁵ Para enfrentar la real democracia parcial y su pacto cínico, sustentados en el cambio de paradigma, Elena Simón propone la democracia vital como forma de convivencia basada en la filosofía del pacto de vida que se concreta en un pacto cívico y un compromiso ético. La democracia vital es integradora e implica diferentes niveles que abarcan desde la persona individual y su necesario pacto intrapsíquico, hasta las relaciones intergeneracionales y su pacto de perte-

nencia reconocida, y el pacto intergenérico de compromiso solidario. Véase *Democracia vital: mujeres y hombres hacia la plena ciudadanía*, Madrid, Narcea, 1999.

¹⁶ Para profundizar en la relación entre sororidad y autoestima de género, ver Lagarde, M. “Claves feministas...” p. 195.

¹⁷ Affidado, de la clásica categoría de affidamento, “descubierta” por el Colectivo de la Librería de Mujeres de Milán, en su trabajo “No creas tener derechos”, en *Cuadernos Inacabados* No. 10, Madrid, Horas y HORAS, 1991, pp. 151-199.

¹⁸ La aculturación feminista implica para mí “...la transmisión de las concepciones, los valores, los conocimientos, las prácticas y la experiencia de las feministas en condiciones de hegemonismo patriarcal... Parte de las vivencias individuales y colectivas de las mujeres y los hombres comprometidos en este sentido y conduce a la construcción de un orden simbólico. Implica fenómenos tan complejos como la resignificación subjetiva personal —intelectual y afectiva—, y su implantación en la experiencia vivida, la elaboración teórico/política de la experiencia, la generación de conocimientos, la construcción de representaciones simbólicas, códigos y lenguajes propios, así como los mecanismos pedagógicos, de difusión y comunicación para transmitir descubrimientos y elaboraciones. Conlleva la expresión pública de la disidencia y la enunciación afirmativa de las alternativas, la discusión de los supuestos patriarcales filosófico/políticos y prácticos explícitos en la vida diaria y en la confrontación ideológico/política...”. Lagarde, Marcela, “Aculturación feminista”, en Eliana Largo, *Género en el estado: estado de género*, Santiago de Chile, Isis Internacional 27, 1998, pp. 135-149.